

MI QUERIDA ESPOSA

Darby Kane

Traducción: Susana Sáenz

MÓTUS

CAPÍTULO 1

UN MONSTRUO.

NO VIO LAS señales. Tal vez las ignoró sin darse cuenta. Ahora eran evidentes.

La adrenalina la invadía mientras destrozaba su dormitorio. Volcó la cesta de la ropa sucia y desparramó el contenido. Corrió la cama y se golpeó la barbilla contra el somier metálico al empujar el colchón para revisar si había algo debajo. Gateó por el suelo sin sentir el dolor en las rodillas contra el parqué. Incluso buscó detrás de las pesadas cortinas que él tanto había insistido en poner, ya que la luz de la mañana le provocaba dolor de cabeza.

El asco retenido en su interior, ocultado con cuidado durante años para que no se derramara y contaminara su aparente paz, explotó. Una oleada hirviente se apoderó de ella, envenenando y borrando cualquier buen recuerdo.

Esas estúpidas cortinas opacas. Había buscado durante semanas el color y la combinación perfecta con el forro oscuro que él le había ordenado comprar. No importaba que a ella le gustara despertarse con la luz de la mañana o que le pareciera que una tela tan gruesa dejaba la habitación en una oscuridad sofocante.

Sus reglas y sus necesidades.

Toda su energía —todo ese odio reprimido— acumulado y concentrado hasta el estallido. La última retahíla de

comentarios sarcásticos y malvados que había ignorado. La frustración que había ahogado. La desilusión de haber permitido que su deseo de sentirse normal, de imitar a los que la rodeaban, la había llevado hasta aquí. Hasta él.

Con toda su fuerza, jaló y jaló de las preciosas cortinas. Lo hizo hasta que un grito le subió por la garganta. El sonido de la tela que se desgarraba resonó por la habitación y su equilibrio vaciló. La tela rígida que había estirado con tanto esfuerzo finalmente cedió. El paño de la izquierda se desgarró desde la barra y la tensión que la mantenía erguida se aflojó con un zumbido.

Se le enredaron los pies y cayó. Aterrizó pesadamente a los pies de la cama y se quedó mirando a un punto fijo en la pared blanca. Deseaba haber tomado mejores decisiones.

Allí, en ese momento de quietud, escuchó el crujido. Esa barrera en lo más profundo de su ser, aislada y en el vacío, que le permitía continuar avanzando, dando tumbos e ignorar lo que necesitaba ignorar, voló en mil pedazos. Rabia y disgusto, desilusión y culpa. Las emociones arremolinadas se entremezclaban, desbordándola, inundando cada célula.

La oleada de furor se apoderó de su ser y se evaporó en un instante. Se secó y desapareció entre una respiración y la siguiente.

No sentía nada.

CAPÍTULO 2

HABÍA PASADO UNA HORA DESDE el ataque de furia inicial. Logró incorporarse, pero no mucho más que eso. Se mecía en el borde de la cama cubierta por una montaña de ropa. La sucia y la limpia quedaron mezcladas por completo. Jeans y sudaderas yacían desparramados, arrojados en su prisa por revisar el fondo de cada gaveta y buscar hasta en el último rincón.

Todo tipo de pensamientos entraron en su mente y salieron enseguida. No podía concentrarse en una idea o buscar una explicación para lo que había encontrado. Ninguna que tuviera sentido o encajara en las historias que él contaba. Ni una.

La verdad la sobrepasó, pero su mente se negaba a centrarse. Cada vez que intentaba armar el rompecabezas, desmenuarlo, algo en su interior no funcionaba.

Un hecho tan común había provocado este estado, la había desestabilizado por completo. La ropa. Estaba buscando una camiseta. Él la había culpado de perderla al lavarla. Como si eso fuera posible.

—¿Lila?

Dio un brinco al oír su nombre. Él no debía llegar a casa hasta dentro de unas horas. Claro, justo hoy se le ocurría salir temprano. Para sorprenderla.

“¿Qué es lo que quieres ahora?”.

—¿Dónde estás? —le gritó mientras recorría la casa con pasos enérgicos.

Sus músculos estaban paralizados. Se habían contraído, atrapándola en una bruma de visión borrosa y pensamientos confusos.

Esos putos videos. Se había torturado mirando el primero. Luego el siguiente. Hasta allí llegó antes de que se le cortara la respiración.

Pasaban los minutos mientras observaba la pantalla del móvil. Sus dedos aferrados a un teléfono que nunca había visto antes. Él lo ocultaba en el mueble que no le dejaba tocar. Decía que ella no doblaba la ropa como a él le gustaba. Oculto detrás de varias camisetas gastadas y descoloridas de las que prometía que iba a deshacerse. Tantas promesas... incumplidas.

No hacía falta ser un genio para entender ahora su actitud territorial con el mueble. Era su guarida. El teléfono sin duda tenía para él un significado, de otro modo ella hubiera conocido antes su existencia. No se esconden cosas sin importancia.

La pantalla, ahora apagada porque la batería se había agotado, la atormentaba. En algún punto, a los dos o tres minutos de oír esas voces femeninas dar vueltas en su cabeza, su mente se desconectó. Todos esos años de mandar al fondo la oscuridad, de negar y pretender que había expulsado de su vida ese tipo de horror, de regodearse en la culpa hasta que amenazara con tragársela, atascada en ella. Recuerdos. La inundaron en ese momento. Los gritos y los insultos. Las preguntas. Tantas preguntas.

No podía estar sucediendo de nuevo.

—¿Lila? ¿Dónde mierda estás?

La casa era grande, pero no tanto. La iba a encontrar enseguida en la habitación principal, al final del pasillo, perdida debajo de sus preciosas pertenencias.

—Oye... —Su voz se apagó cuando entró en el caos del guardarropa y se detuvo—. ¿Qué carajo pasó aquí? ¿Por qué tocaste mis cosas?

Sus cosas. Para él todo era de su propiedad, hasta ella misma.

Durante unos segundos Lila le clavó la mirada y se preguntó por qué había aceptado esa primera cita. Seguro que había sido encantador. El típico buen chico con su cabello castaño claro y ojos celestes. Era alto, pero no demasiado. Atractivo en su seguridad. Su sonrisa la había cautivado. Parecía... inofensivo. Eso era lo que buscaba. A alguien amable.

Ahora quería darle un puñetazo a esa boca y seguir golpeando hasta que la envolviera el silencio.

—¿Qué haces ahí sentada? ¿Qué te pasa? —preguntó mientras la rodeaba lentamente, asimilando cada centímetro de su desenfreno.

—Estaba buscando tu camiseta. —Su voz sonó tan firme que hasta ella se sorprendió.

—La que perdiste —dijo como si fuera un hecho consumado—. Te agradezco el esfuerzo, pero me tendrías que haber consultado antes de revolver mis cosas.

—También vivo aquí.

—De acuerdo, pero debes admitir que esto parece...

—¿Qué parece? —No tenía ni idea cómo torcería él los hechos para zafarse esta vez.

—Pareces trastornada.

Por supuesto, era típico que la culpara.

Esta vez, solo esta vez, no estaba tan equivocado. Se sentía desencajada. Sostenida por una pizca de voluntad y nada más.

—Encontré esto. —Sostuvo en su mano el teléfono recién descubierto.

Él se mantuvo inmutable. Ni una mueca en su boca.

—¿Qué es?

Cómo si no lo supiera. El maldito mentiroso.

—No sigas. Es tuyo y los dos lo sabemos.

Él respiró pesadamente. Fue como un suspiro de cansancio, como si hubiera tenido que soportarla durante demasiado tiempo y ya no la aguantara más.

—Ahora no te pongas histérica.

Trataba de volverla loca. Lo sentía en el falso tono tranquilizador de su voz. En cada sílaba.

—Ni siquiera me he movido.

Mantuvo con esfuerzo el tono neutral de su voz. Sacó de las palabras toda emoción para impedir que él la usara en su contra.

Miró el teléfono y después el rostro de Lila.

—Has dejado volar tu imaginación. Te conozco bien.

No era cierto, pero había que ver cómo se las arreglaba para ser la víctima en esta situación.

—No es verdad —dijo Lila.

—Mira este desastre. —Se acercó hacia el mueble vacío.

Ella apretó el teléfono en el puño.

—Ni siquiera se te ocurrió cambiar el pin.

—Ya está bien. —Cuanto más se adentraban en el pantano emocional, más controlaba él la situación. Esa voz apaciguadora. Hasta levantó las manos jugando a rendirse, como si tuviera que calmarla *a ella*—. Escúchame.

—Adelante, trata de explicarte.

—No tengo por qué. —Terminó la frase en ese punto y le sostuvo la mirada con firmeza—. En realidad no es nada. Una broma de un par de estudiantes que se descontroló. Nada de qué preocuparse.

Él creía que ella era idiota. No había otra explicación.

Le temblaba todo el cuerpo, pero trató de mantenerse erguida. Logró quedarse de pie y permanecer allí.

—Sé lo que he visto.

Él volvió a suspirar, lleno de indignación; su paciencia se estaba agotando.

—Lo que *crees* que viste. Porque te aseguro que estás equivocada.

Seguía el intento de volverla loca.

Ahora el juego se volvió contra ella. Construía frases y

manipulaba la historia para que ella quedara como la que actuaba de manera poco razonable. Tergiversaba los hechos hasta hacerla cuestionarse su mente y sus ojos. La llevó a dudar de todo menos de él mismo.

Pero esta vez no. Había hecho algo que no admitía ninguna explicación, ni que escapara como una rata o se escabullera sin consecuencias.

Sus dedos se clavaron aún más en el teléfono.

—Lárgate.

Toda esa falsa amabilidad se esfumó mientras su boca se torcía en un gruñido:

—Es mi puta casa.

Él nunca le había pegado, pero tal vez había sido pura casualidad y un poco de suerte. Un poco más de presión y hubiera sucedido.

Cada célula de su cuerpo le pedía a Lila que se moviera, pero se negó a retirarse. Se adelantó un paso más, desafiándolo abiertamente. Cuestionando que algo fuera solo de su propiedad. Levantó la barbilla un poco más.

—La casa es de los dos.

De un zarpazo, él la sujetó de la garganta.

—Dilo de nuevo —la desafió.

Ella trató de tragar, pero no pudo. Dijo su nombre y la voz salió como un susurro. Su espíritu se negaba a rendirse.

—Es de los dos, tan mía como tuya.

Esos dedos apretando su piel. La palma que le presionaba la garganta, a ver si ella se atrevía a desafiarlo al límite. No apretó más, pero el odio que lo invadía le dio la certeza de que podía hacerlo sin remordimientos. Puro desdén. No hay otra forma de describirlo. Como si su desaparición no le importara en absoluto.

Se inclinó sobre ella hasta que su boca alcanzó su oreja.

—¿Has pagado por esta casa, Lila? ¿Algún pago de la hipoteca? ¿Los impuestos? ¿La factura del agua?

Había puesto el nombre de Lila en las escrituras, pero para él la casa era suya. Metía dinero en la cuenta conjunta para hacer los pagos. Ni un dólar de más. Dejaba que ella firmara los cheques, pero cada mes él controlaba cada centavo. Y esperaba que ella lo considerara generoso.

—Nunca me diste esa posibilidad.

Ella quería que ambos fueran iguales, es lo que había firmado cuando se casaron. Es lo que habían acordado. Pero cada año él aumentaba el control y disminuía el rol de Lila. La convirtió en una muñequita bien vestida con la que se pavoneaba por la ciudad.

Ella se resistió acompañándolo cada vez menos a cenar y no asistiendo a sus eventos. Él la adulaba y la presionaba, y ahora se daba cuenta de cómo la manipulaba. No era más que un gran engaño hasta este paso en falso.

—Yo manejo esta casa —dijo él.

Su dinero. Su casa. Él tomaba las decisiones, hasta las que afectaban a su trabajo y el lugar donde vivían. Él, él, él.

Había cedido demasiado terreno. No tenía ni idea cuándo había sucedido o por qué había dejado que su vida se empuñara de ese modo.

“Se acabó”. Esa tácita declaración resonó en su interior.

—Hazlo o déjame ir. —La voz de Lila se quebró contra la mano de él.

Él la miró disgustado.

—¿Hacer qué?

—Mátame. Así es como termina esto, ¿no? —Cada movimiento y la furia en su voz iban en esa dirección.

A pesar de su necesidad de controlarlo todo, su carácter era bastante estable. Pero ella había desatado algo en ese momento. Algo que podía destrozarlo y estropear su brillante reputación alimentada por buenos gestos con los vecinos y su falsa sonrisa. Era como si el punto de ruptura de Lila esa tarde hubiera provocado también el de él.

Meneó la cabeza, pero no soltó el cuello de Lila.

Su mano cubrió la garra que la aprisionaba. Trató de soltar los dedos, de separarlos aunque fuera un poco, mientras el pánico le cerraba la garganta.

Entonces la soltó de golpe, dejando caer su brazo. La rapidez del movimiento la hizo tambalearse hacia delante, cuando todo lo que quería era escapar.

Después de unos segundos de inestabilidad él la rodeó con sus brazos para que no se cayera.

—No soy un hombre que pegue.

—¿Es ese el criterio? Como no me pegas eres un gran esposo.

—Me estás provocando, Lila; detente, te lo advierto. —Ni siquiera pestañó mientras ella le clavaba la mirada—. Este tema del teléfono no es nada. No dejes que tu imaginación invente detalles que no existen.

—Los videos...

Él chasqueó la lengua.

—Ya te lo dije. Unas chicas tontas haciendo tonterías. Nada más.

“Mentiroso”.

Parecía que él hubiera olvidado cómo había sido la vida anterior de Lila. Ella era capaz de una gimnasia verbal mucho más efectiva que la de él. Hubiera tenido además la astucia de no usar en un móvil secreto la misma contraseña de su teléfono normal.

—Si fuera solo eso, ¿por qué los guardaste? ¿Y por qué escondiste el teléfono?

—Por seguridad.

—¿Por qué? Incluso si los videos fueran una broma, podrían ser usados para perjudicarte. Oí tu voz en uno de ellos. —Le asustaba no poder olvidar lo que había oído—. Explícame de qué manera te protegiste. O nos protegiste.

—Me molesta el tono que estás usando. —Cuando

ella comenzó a responderle, él levantó la mano y empezó a hablar—: Esta discusión se ha terminado. Te he dicho lo que necesitas saber y ahora puedes dejar de preocuparte. El tema es más complicado que unos simples videos. Lo tengo todo bajo control.

Sabía que era mentira. Todo era una gran mentira. No preguntó nada más, porque las respuestas serían más de lo mismo. Tonterías y malditas mentiras.

Él sonrió, haciéndola sentir más como una presa de caza que como una esposa.

—Ya que hemos resuelto el tema...

Se inclinó y la beso en la frente. Ella luchó por controlar a medias un estremecimiento. Tal vez su intención era distraerla porque en un rápido movimiento se apoderó del teléfono antes de que ella pudiera darse cuenta.

—Ordena la habitación. He vuelto temprano para llevarte a cenar, pero no puedo soportar semejante desorden —dijo mientras salía de la habitación, con el móvil en la mano.

Para él eso era todo. Realmente creía que sus comentarios y pobres explicaciones daban por terminada la conversación. Que ella olvidaría lo que había visto y continuaría con su vida. Que era tan estúpida que no se le habría ocurrido enviar los videos a su dirección de email antes de que se agotara la batería del teléfono.

Iba a revisarlos para analizar cada detalle. Y no, no permitiría que se saliera con la suya y revirtiera la culpa sobre ella. Él sabía perfectamente cuál era la situación por la que no volvería a pasar... y acababa de destrozar el matrimonio exactamente por ese motivo.

Esta vez ella sabría qué hacer. No había podido hacerlo antes, pero sí lo lograría ahora.

Ella sería la que lo detendría.